

preguntar: ¿Qué es de aquella Mujer que venció al Maligno, que nunca estuvo bajo su dominio, en quien el poder demoníaco tuvo el más rotundo fracaso?, ¿puede estar sometida —aunque sólo sea en parte— a las fuerzas de la muerte, consecuencia del pecado?

Creo que interpreto adecuadamente por qué la Iglesia ha proclamado este dogma, y justifico su actuación a través de la siguiente reflexión.

Desde que el discípulo amado la acogió en su propio mundo, María comenzó a ser parte integrante del universo espiritual de los cristianos. También nosotros la hemos acogido en nuestro propio mundo espiritual. La reconocemos como madre y ejemplo permanente de vida. No se trata, sin embargo, sólo de un recuerdo; no es un caso más de solidaridad con nuestros muertos. La Iglesia (¡y esto es algo muy misterioso!) ha sentido, incluso en contra de las buenas razones, que la muerte no separó a María de nosotros, que aquella a quien Jesús crucificado proclamó y señaló como «madre» de sus discípulos «no nos ha dejado huérfanos», que aquella que dio la vida a Jesús ha sido devuelta a la vida, resucitada por el poder del Resucitado. En María todo su ser quedó vivificado, porque Dios resucita todo aquello que tiene gérmenes de gracia. En María no había pecado. Todo su ser fue instrumento de amor: su alma, su cuerpo. En María no había desperdicio. ¡Toda ella hubo de ser resucitada! ¡Toda ella recuperada! Y cuando alguien llega a su plenitud en Dios-el-Omnipotente, esa persona no se pierde, no se aleja, sino que se recupera, se acerca, vive *vivificando*: «se va y se queda». María se va cuando su cuerpo y alma reciben la consagración total del Espíritu, que es comunión-amor. En el Espíritu, María es un corazón que no deja de amar. El amor la aproxima a nosotros; el Espíritu le permite hacerse presente en el hondón de nuestra alma. Y, en su misterioso acercamiento, María es «portadora de aromas»; por la resurrección, la identificación con su Hijo Jesús ha llegado a su plenitud; la cercanía de María, mucho más que durante su vida histórica, nos evoca a Jesús, nos comunica a Jesús; ella no interfiere, es pura transmisión. Por eso la presencia de María no estorba la comunicación con Dios; su presencia siempre es discreta, silenciosa, transparente. En ella se nos revela un misterio: Dios no ha querido aproximarse a los hombres sin los hombres.

La solidaridad con todos nosotros de Jesús y de María resucitados, hace que podamos afirmar con Pablo que «algo falta a la Pasión de Cristo», y de María y de los santos ya glorificados; que algo falta a la resurrección de Jesús, de María y de los santos. El Cuerpo del Cristo total está germinando hacia la Resurrección definitiva.

CAPÍTULO XII

¿ES NECESARIA MARIA? SU FUNCION SALVIFICA

BIBLIOGRAFIA

- ANDRONIKOF, C., *La Theotokos médiatrice du salut dans la liturgie*, en AA. VV., *La Mère de Jésus-Christ et la Communion des Saints dans la liturgie* (Ed. liturgiche, Roma 1986), 29-44; S. BULGAKOV, *Il Paraclito* (Ed. Dehoniane Bologna), 1971; CARR, A., *Grazia che trasforma. Tradizione cristiana e esperienza delle donne* (Morcelliana, Brescia 1991); FUNIATI, Cl., *Maria mediatrice di tutte le grazie* (Fasano Ed., Cosenza 1984); GARRIDO BONAÑO, M., *La mediación mariana en la liturgia española del siglo XVI*, en *ScriptaMar* 2 (1979), 331-359; JAVELET, R., *Marie, la femme médiatrice*, en *RevScRel* 58 (1984), 162-171; JELLY, F., *Mary's intercession: A contemporary reappraisal*, en *MarStud* 32 (1981), 76-95; ID., *The mystery of Mary's mediation*, en *HomPastRev* 80 (1979-80), 11-20; LAURENTIN, R., *La vergine Maria. Mariologia post-conciliare* (Paoline, Roma 1970); ID., *Le problème de la médiation de Marie dans son développement historique et son incidence aujourd'hui*, en AA. VV., *Il ruolo di Maria nell'oggi della Chiesa e del mondo. Simposio mariologico* (Ed. «Marianum», Roma 1979), 9-33; MEO, S., art. *Mediadora*, en *Nuevo Diccionario de Mariología*, ed. Paulinas, Madrid 1988, 1304-1320; MÜHLEN, H., *El Espíritu Santo en la Iglesia* (Secretariado Trinitario, Salamanca 1974); NAPIORKOWSKI, S. «Unus Mediator» e «gli altri mediatori» secondo i libri simbolici del luteranesimo. *Liber Concordiae (1530-1580)*, en *MilesImm* 15 (1979), 271-278; ORDÓÑEZ MÁRQUEZ, J., *Mediación e intercesión de María*, en *Estudios Marianos* 48 (1983), 129-164; PARENTE, P., *Il punto sulla mediazione di Maria*, en *ScriptaMar* 4 (1981), 625-643; PHILIPPE, M-H., *La mediazione di Maria*, en *MilesImm* 16 (1980), 223-237; SARMIENTO, P. M., *Del Apocalipsis al Génesis. Teo-antropología más allá de lo masculino-femenino*, en AA. VV., *Algunas mujeres nos han sobresaltado. Vida consagrada: femenino y masculino plural* (PCI, Madrid 1993), 49-76; SCHMITT, J. J., *Like Eve, like Adam: «msl in Gen 3,14*, en *Biblica* 72 (1991), 1-22; TESTA, E., *Maria, terra vergine, icona della Chiesa e socia della Trinità*, en *Marianum* 137 (1987), p.87-106.

Cuando María es contemplada, tal como lo hicieron los Padres del siglo II, como nueva Eva, da la impresión de que ella es absolutamente necesaria dentro del gran proyecto de Dios sobre el mundo. No se puede prescindir de ella, porque todo el sistema salvífico se caería abajo. María sería una estructura fundante.

Otros han retraducido esta visión en términos más sencillos y populares: han hablado de la intercesión de María y de la mediación

intercesora. Sin embargo, lo que nos interesa es la pregunta más honda: ¿Pertenece María a las estructuras fundantes de la salvación? ¿Cómo entender su presencia en la vida de la Iglesia?

I. ¿COMO SE HA PLANTEADO LA FUNCION DE MARIA EN EL PROYECTO DE SALVACION?

En este último milenio ha sido cada vez más común hablar de la mediación de María. La forma de entenderla o explicarla ha causado perplejidad sobre todo en las Iglesias protestantes, pero también en la Iglesia católica.

1. Doctrina tradicional sobre la mediación de María

La doctrina tradicional sobre la mediación de María podría resumirse en tres puntos.

Primero: Cristo Jesús es el mediador entre Dios y los hombres por excelencia, como causa principal. María es mediadora por analogía, como causa secundaria. Ella coopera con Cristo tanto en el acto redentor como en la acogida de la acción redentora por parte de cada individuo; y ello acaece así porque María estuvo unida estrechamente con su Hijo durante su existencia histórica y actualmente lo sigue estando en la gloria.

Segundo: la mediación universal de María es la misión que ella tiene de impetrar a Dios todo tipo de gracias (temporales y eternas) y de distribuirlas entre los hombres. Divergen los mariólogos en explicar si esta misión de María es debida a un influjo moral que ella ejerce sobre Dios o a un influjo físico-instrumental, en cuanto que Dios se sirve de María para conceder a los hombres su gracia.

Tercero: la mediación de María viene a coincidir con su maternidad espiritual¹. María intercede por los hombres para obtenerles las gracias de Dios; es más, ella, en cuanto corredentora, actúa en la aplicación de esas gracias a cada uno de los hombres².

2. Mediación de María en el Concilio Vaticano II

El Concilio Vaticano II no ha prestado demasiada atención a la mediación de María. En LG 62 se hace referencia a ella en estos

¹ R. Laurentin prefiere la expresión «maternidad universal» de María con relación a todos los hombres a «mediación universal»: Id., *La vergine Maria. Mariologia post-conciliare* (Ed. Paoline, Roma 1970), 247-248.

² Cf. S. MEO, art. *Mediadora*, en *NDM*, 1306-1307.

términos: «Por esto la bienaventurada virgen María es invocada en la Iglesia con los títulos de abogada, auxiliadora, protectora, *mediadora*. Esto hay que entenderlo de modo que nada se derogue, ni nada se sobreañada a la dignidad y eficacia de Cristo el único mediador»³. René Laurentin interpreta que «*mediadora* viene en último lugar para mostrar que en cierta manera está menos arraigada en la tradición y su utilización teológica adecuada no es fácil»⁴; sin embargo, el cardenal Parente testifica que el título de Mediadora sería el más importante de los cuatro que aparecen en el texto⁵. Independientemente de estos detalles, lo cierto es que el Concilio Vaticano II se detuvo más en la maternidad espiritual de María, entendida ya no sólo como cooperación histórica en el acontecimiento histórico-salvífico, sino como permanente intercesión en favor de los hombres que va desde su Asunción al Cielo hasta la perpetua coronación de los elegidos. LG 62 reafirma que no hay más mediador entre Dios y los hombres que Cristo; que la función materna de María no disminuye ni oscurece la mediación única de Cristo; más bien es como un signo de ella, que muestra su eficacia⁶; que, si María influye en la salvación, no es por necesidad salvífica, sino por puro beneplácito de Dios. La función de María se funda en la mediación de Cristo, depende de ella, está subordinada a ella y de ella obtiene toda su eficacia.

La mediación de María ha sido explicada en estos últimos años por la mayoría de los estudiosos del tema sólo a partir de su relación con la mediación de Cristo⁷. Aunque la relación entre mariología y pneumatología ha sido bastante estudiada en los últimos años⁸, po-

³ «Propterea Beata Virgo in Ecclesia, titulis Advocatae, Auxiliatricis, Adiutricis, *Mediatricis* invocatur. Quod tamen ita intelligitur, ut dignitati et efficacitati Christi unius Mediatoris nihil deroget, nihil superaddat» (LG 62)

⁴ R. LAURENTIN, *La Madonna del Vaticano II* (Roma 1965), 151.

⁵ Durante la elaboración del texto conciliar, el cardenal Parente protestó enérgicamente por la ausencia en él del título mariano «*Mediatricis*». Se decidió que Mons. Philips, encargado de la redacción del capítulo VIII, se encontrara con el cardenal Parente para retocar el texto. A este respecto escribió el cardenal: «Puedo asegurar que el término *Mediadora* fue colocado en el último lugar, después de los tres primeros, en sentido ascendente, como para significar que era el más importante. El Concilio confirma no sólo el título sino también la doctrina de la mediación mariana bien entendida, es decir, como participación en la obra del único mediador, Cristo»: P. PARENTE, *Il punto sulla mediazione di Maria*, en *ScriptaMar* 4 (1981), 628.

⁶ No dice el Concilio que sea un *instrumento* que la haga eficaz.

⁷ En estos últimos años se ha escrito muy poco sobre este tema. Cf. la bibliografía del comienzo de este capítulo.

⁸ Ha habido en estos últimos años un admirable florecimiento de la reflexión mariológica desde la Pneumatología: FERNANDEZ, D.-RIVERA, A., *Boletín bibliográfico sobre el Espíritu Santo y María*, en *EphMar* 28 (1978), 265-273, BALTHASAR, H. U. VON, *María und der Geist*, en *Geist und Leben* 56 (1983), 173-177, BERTETTO, D., *L'azione propria dello Spirito Santo in María*, en *Mar* 41 (1979), 400-444; BILANIUK,

cos autores se han detenido a replantear la mediación de María desde la mediación del Espíritu Santo ⁹, ni desde la mediación de la Iglesia, con la cual María co-participa de la mediación de Cristo. Reflexionar la mediación mariana desde estas claves permite descubrir un filón rico y fecundo que permitirá situar esta cuestión mariológica en su justo lugar.

P B T, *The Theotokos as Pneumatophora*, en *Journal of Dharma* 5 (1980) 141-159, CANTALAMESSA, R., «*Incarnatus de Spiritu Sancto ex Maria Virgine*» *Cristologia e pneumatologia nel simbolo constantinopolitano e nella patristica*, en *Credo in Spiritum Sanctum Atti del Congresso teologico internazionale di pneumatologia Roma 1982* (Vaticano 1983), 101-125, CASTELLANOS, J., *La vergine Maria nel dinamismo dello Spirito Santo*, en *MatEcl* 16 (1980), 167-175, CAZELLES, H., *L'Esprit qui consacre le Christ, Marie, l'Eglise*, en *CahMar* 28 (1982), 131-145, ID., *Marie et le baptême dans l'Esprit Saint*, en *CahMar* 27 (1982), 3-8, DOMINGUEZ, O., *La acción común del Espíritu Santo y de María en la obra de santificación y en la vida de la Iglesia*, en *EphMar* 28 (1978), 215-237, FERNANDEZ, D., *El Espíritu Santo y María Algunos ensayos modernos de explicación*, en *EphMar* 28 (1978), 137-150, IBAÑEZ, J., *¿Una mariología pneumatológica? Posibilidades y límites*, en *ScriptaMar* 6 (1983), 135-139, ILDEFONSO DE LA INMACULADA, *La unción de María por el Espíritu Santo*, en *EphMar* 34 (1984), 11-40, LAURENTIN, R., *Mary and the Holy Spirit*, en *Mary in Faith and Life in the New Age of the Church Marian Seminar 1980*, (Franciscan Mission Press, Ndola, Zambia 1983), 261-289, LLAMAS, E., *El Espíritu Santo y María unidos en la obra salvífica*, en *XXXII Semana misionaria El Espíritu luz y fuerza del Cristo* (Burgos 1980), 153-197, PIKAZA, X., *María y el Espíritu Santo (Hech 1,14 Apuntes para una mariología pneumatológica)*, en *EstTrin* 15 (1981), 3-82, LANGELLA, A., *María e lo Spirito nella teologia cattolica post-conciliare* (Pontificia Facoltà Teologica dell'Italia Meridionale, M. D'Auria ed., Napoli 1993)

⁹ Las reflexiones teológicas de algunos autores nos mueven a una reflexión en este sentido. H. Muhlen, comentando LG 60, donde se habla del influjo de María sobre los hombres en relación subordinada con la mediación única de Jesucristo, observa que «habría sido útil, e incluso necesario, que el Concilio previniese expresamente acerca del posible error de atribuir a María el lugar y la función del Espíritu Santo. En verdad, refiriéndose a los títulos de María que menciona, dice «Lo cual, sin embargo, ha de entenderse de tal manera que no reste ni añada a la dignidad y eficacia de Cristo, único mediador» (LG 62,1), pero habría debido añadir de una forma explícita que con ello tampoco se añade ni quita nada a la dignidad y eficacia del Espíritu Santo». H. MUHLEN, *El Espíritu Santo en la Iglesia* (Secretariado Trinitario, Salamanca 1974), 577-578. Esta afirmación está basada en la reflexión de H. Muhlen sobre el Espíritu Santo, a quien denomina «mediación intermedia», o c., 555-566. Últimamente X. Pikaza ha vuelto sobre el tema de María como «transparencia del Espíritu Santo», sin entrar directamente en el tema de su acción mediadora como «primera persona de la historia». X. PIKAZA, *María, la persona humana Relaciones entre mariología, antropología y misterio trinitario*, en *Mar* 137 (1987), 157-161. El teólogo italiano Bertetto, por su parte, ha resaltado cómo el Espíritu actúa a través de María. El Espíritu ejerce una causalidad formal o cuasi-formal en la santificación, y en concreto en las potencias operativas, conscientes y libres de María. El Espíritu se hace en María un solo principio, de tal modo que la oración de María es al mismo tiempo plegaria de María y del Espíritu, es el Espíritu el que ora en ella (cf. Rom 8,26, Gál 4,6), también el Espíritu actúa sinérgicamente en María en orden a la acción, de modo que toda la existencia de María es pneumática. D. BERTETTO, *L'azione propria dello Spirito Santo in Maria*, en *Mar* 41 (1979), 400-444, cf. 441.

II. TEOLOGIA DE LA MEDIACION: ALGUNOS ASPECTOS

1. La mediación religiosa

Mediación, mesianismo, redención son conceptos estrechamente vinculados. El concepto de mediación, sin embargo, es el más general e incluye a los otros dos. Según la historia de las religiones (tanto históricas como no históricas), la mediación consiste en hacer accesible lo inaccesible —la divinidad trascendente— y elevar al hombre hasta ella. Esta función era asignada a los dioses-mediadores, que servían de punto de encuentro entre los hombres y los dioses supremos, abismalmente lejanos, extremadamente trascendentes y abstractos. Estos mediadores unían en sí mismos lo infinito de la divinidad trascendente y la finitud de los hombres ¹⁰. En ellos se revelaba la divinidad y el hombre se encontraba con su dios.

Propio de la categoría de mediación es también, según las religiones, unir lo que está separado, Dios y el hombre. Mediación es re-unción. Mediador es aquel que, en nombre y por encargo de Dios, efectúa la reconciliación. Su función no consiste en salvar a Dios de la irreconciliación, del alejamiento airado del hombre, porque Dios mismo tiene la iniciativa de la acción mediadora: Dios es el sujeto y no el objeto de la mediación; él no necesita reconciliarse con el hombre; él es quien pide al hombre que se reconcilie con él ¹¹. El mediador es como el sacramento de Dios que quiere reconciliar al hombre consigo. Representa a Dios ante los hombres. Y a los hombres ante Dios. Propio del mediador es actuar ante Dios en favor de los hombres por medio de oraciones y súplicas para apaciguar su cólera.

Filón fue el primero que dio al término griego μεσίτης (mediador) una acepción religiosa, aplicándolo a los ángeles y a Moisés. Ellos dan a los hijos de Dios informaciones sobre su Padre y le presentan a Dios las necesidades de sus hijos. Son representantes en doble dirección; pero ello no quiere decir que Dios necesite informaciones: es un favor que Dios nos concede a causa de nuestra humilde condición ¹².

¹⁰ Cf. P. TILICH, *Teología sistemática*, ed. Sinodal (Ed. Paulinas, São Paulo 1984), 374.

¹¹ Cf. P. TILICH, o. c., 316.

¹² Cf. FILON, *De somn.* 1,142.

2 Jesucristo mediador

Estos elementos de la idea de mediación fueron aplicados a Jesucristo. El título de «mediador» no es frecuente en el Nuevo Testamento, aunque sí tiene una significación teológica determinada y densa. El sustantivo μεσίτης (mediador) aparece seis veces¹³. Dios no necesita de nadie distinto de El para manifestarse ni para reconciliarse. Jesucristo es el Hijo de Dios, «Deum verum de Deo vero». Por otra parte, nuestra fe afirma que Dios está eternamente reconciliado y quiere que nos reconciliemos con El. Dios se revela a nosotros y nos reconcilia con El a través del único mediador, Jesucristo. Dios es siempre aquel que actúa y el mediador es aquel a través de quien El actúa. Jesucristo representa, pues, a Dios ante el hombre, pero también al hombre ante Dios, no al hombre tal como aparece en la historia, sino al ser de hombre que Dios desea. Representa, en las condiciones de la existencia, aquello que el hombre es esencialmente, y, por tanto, lo que debería ser¹⁴.

La categoría teológica de «mediación» ha sido interpretada insatisfactoriamente, desde un punto de vista cristológico, debido a una comprensión inadecuada de la redención. Esta, interpretada en categorías «jurídicas», era explicada como una realidad conseguida por los méritos de Jesucristo. Esta teología distinguía entre la persona (objeto de la cristología) y la obra de Cristo (objeto de la soteriología), en ella la persona de Cristo aparece como una realidad en sí misma, sin relación con lo que Cristo hizo, con aquello que le constituyó auténticamente en Cristo. El Dios de esta teología es imperso-

¹³ Cf Gal 3,19-20 «la ley fue promulgada por los ángeles y con la intervención de un mediador», 1 Tim 2,5 «Porque hay un solo Dios y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a sí mismo como rescate por todos», Heb 8,6 «Mas ahora ha obtenido el un ministerio tanto mejor cuanto es mediador de una mejor Alianza, como fundada en promesas mejores», Heb 9,15 «Por eso es mediador de una nueva Alianza, para que interviniendo su muerte para remisión de las transgresiones de la primera Alianza, los que han sido llamados reciban la herencia eterna prometida», Heb 12,24 «Y a Jesús, mediador de una nueva Alianza, y a la aspersión purificadora de una sangre que habla mejor que la de Abel». El verbo μεσιτεύειν (interponer, mediar) aparece solo en Heb 6,17. Cf C. SPICQ, *Mediation dans le Nouveau Testament* en DBS, V,1020-1080.

¹⁴ «Es el hombre esencial el que representa no solo el hombre al hombre, sino Dios al hombre, pues el hombre esencial, por su propia naturaleza, representa a Dios. El representa la imagen original de Dios incorporada al hombre, pero lo hace bajo las condiciones de la alienación entre Dios y el hombre. La paradoja del mensaje cristiano es que en una vida personal la humanidad esencial apareció bajo las condiciones de la existencia sin ser conquistada por ellas. Podríamos hablar de la «Essential God-Manhood» para indicar la presencia divina en la humanidad esencial» P. TILlich, o.c., 374-375.

nal. Queda identificado con el atributo divino de la justicia, y de la justicia conmutativa.

Este planteamiento soteriológico-jurídico, al que acabo de referirme, es insuficiente. Jesucristo no nos consigue la salvación. Pues El mismo en persona es el misterio de la salvación. «De El os viene que estéis en Cristo Jesús, al cual hizo Dios para nosotros sabiduría de origen divino, justicia, santificación y redención» (1 Cor 1,30). Y la Carta a los Hebreos añade. «Siendo hijo, con lo que padeció, experimentó la obediencia y llegado a la perfección se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen» (Heb 5,8-9). La salvación nos llega a través de su ser filial, a través de su relación filial con Dios Padre, llevada a su culminación en el acontecimiento pascual, y a través de su ser fraternal y diaconal, que llega asimismo a su plenitud cuando «murió y resucitó por nosotros».

3. ... en el Espíritu Santo

Jesús no ejerce su función de mediador autónomamente. Sin el Espíritu, Jesús no sería el Mediador. Jesús llega a *ser* y en cuanto que *es* actúa como mediador, gracias al Espíritu «de Spiritu Sancto ex Maria virgine»¹⁵. La humanidad de Jesús es mediadora en cuanto que tiene la unción del Espíritu.

La teología ortodoxa es especialmente sensible a este aspecto. Sergej Bulgakov afirma que el Padre no se autorevela ni actúa la salvación únicamente mediante el Hijo, ni sólo mediante el Espíritu, sino a través de la bi-unidad del Hijo y del Espíritu, las dos hipóstasis se unen, sin separación ni confusión, en la autorevelación del Padre¹⁶. El Hijo es la Palabra, el Logos del Padre¹⁷, pero resuena y es proferida en el Espíritu¹⁸. La autorevelación del Padre se completa en otra forma de revelación, que es la efusión del Espíritu Santo sobre el Hijo¹⁹. Dios Padre actúa a través de sus «dos manos», el Verbo y el Espíritu²⁰. Esta forma de revelación y actuación preside

¹⁵ Cf F. X. DURRwell, *Lo Spirito Santo alla luce del Mistero pasquale* (Roma 1985), 50.

¹⁶ Cf S. BULGAKOV, *Il Parachito* (Ed. Dehoniane, Bologna 1971), 285.

¹⁷ Cf Jn 1,1-5 14, 1 Jn 1,1, 2,13 14.

¹⁸ Cf Jn 14,25-26, 16,12-15.

¹⁹ Cf Lc 3,22, 4,1 14 18 34, 9,34-35, 10,21.

²⁰ La metáfora bíblica de las «manos de Dios» (Job 13,15, Jer 18,1 17, Ex 32,11 etc.) fue cristianizada por Justino e Ireneo. Este último la utilizó con frecuencia en los libros IV y V de *Adversus haereses*. Las dos manos de Dios no son fuerzas angelicas, sino el Verbo Encarnado y el Espíritu Santo «non indigente Patre angelis uti format hominem» IRENEO, *Adv. haer.* IV,7,4 PG 7,992.

toda la historia de la salvación, aunque con diversas intensidades: desde la protología hasta la escatología. Si contemplamos este proyecto de revelación y salvación desde el Espíritu, podríamos hablar de un múltiple pentecostés²¹: creacional²², veterotestamentario²³, mariano, cristico, eclesial.

Dios Padre se reveló también en el Antiguo Testamento; profirió su Verbo y creó un pueblo por medio de los patriarcas y profetas, mediante los cuales —consagrados por la fuerza e inspiración del Espíritu— se hacía oír y actuaba la salvación. El Verbo no resonaba en el hombre sin el Espíritu y éste no podía ser recibido sin el Verbo. Los primeros beneficiarios del Espíritu de Dios fueron los personajes carismáticos del Antiguo Testamento. Moisés fue agraciado con el Espíritu de Dios y los ancianos participaron de él (Núm 11,17,25.26); Saúl y David lo recibieron en virtud de su cargo real (1 Sam 16,13.14); la nube de la gloria, es decir, el Espíritu Santo, descendió visiblemente (Ez 40,34-35) sobre el tabernáculo y sobre el templo de Salomón en el momento de la dedicación (1 Re 8,10); el Espíritu suscitó a los profetas (Is 48,16; Ez 2,2; 3,12.14; Os 9,7, etc.); el Siervo de Yahweh, como el Mesías de Is 11,2, estuvo investido por los dones del Espíritu (Is 42,1). Tal don, sin embargo, no estaba reservado sólo a los mediadores carismáticos. El Espíritu actuó directamente en el seno de la comunidad y en las almas de los individuos. Tras el destierro se habló de la presencia del Espíritu en medio del pueblo, para guiarlo, renovar sus sentimientos (Is 4,4; 63,10-14; Ez 11,19; 36,27; Hen 9,20). El profeta Joel (3,1-2) anunció la efusión universal del Espíritu en los tiempos escatológicos e Is 44,5 le atribuyó la conversión de los paganos. Según la perspectiva indivi-

²¹ En la epiclesis de la liturgia de Santiago, utilizada en Antioquía desde el siglo IV, se expresa de esta forma la presencia del Espíritu Santo en la historia de la salvación: «Envía . tu santísimo Espíritu, Señor y Vivificador, que está sentado contigo, Dios y Padre, y con tu Hijo unigénito; que reina, consustancial y coeterno. El habló en la Ley, en los Profetas y en el Nuevo Testamento, El bajó en forma de paloma sobre nuestro Señor Jesucristo en el río Jordán, reposando sobre El y descendió sobre los santos apóstoles. . el día santo de Pentecostés» A. HANGGI, I. PAHL, *Prex Eucharistica Textus e variis liturgiis antiquioribus selecti* (Fribourg, Suisse 1968), 250

²² Cf. Gén 1,2: «El *ruah Elohim* es el aliento contenido en la garganta de Dios antes de que emita la primera palabra creadora»: J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación* (Sal Terrae, Santander 1986), 39. El salmo 33,6 asocia el *ruah* de Dios a su Palabra creadora, cf. S. BULGAKOV, o.c., 303. «Toda actuación divina, en sus efectos, es pneumática. El Espíritu lleva a plenitud la obra del Padre y del Hijo.. Todo lo que es, existe y vive gracias a la afluencia permanente de energías y posibilidades que vienen del Espíritu cósmico . A través de las energías y posibilidades del Espíritu, el Creador mismo está presente en su creación»: J. MOLTSMANN, *Dio nella creazione* (Queriniana, Brescia 1986), 21. Calvino escribió: «*Spiritus Sanctus enim est, qui ubique diffusus omnia sustinet, vegetat et vivificat in coelo et in terra*»: J. CALVINO, *Instituto* I,13,14.

²³ Cf. A. ROBERT, art. *Médiation dans l'Ancien Testament*, en *BDS*, V, 1017-1018.

dualista del salmo 51,12-13, el Espíritu cumple su obra en el alma del justo (Sal 143,10). La literatura postexílica le atribuye al Espíritu una función cósmica (Sal 33,6; 104,29,30; Jdt 16,14; Sab 1,7; 12,1).

También la experiencia que Jesús tuvo del Espíritu fue tan abrumadora que sintió cómo «las profecías de la plenitud de los tiempos se estaban cumpliendo ya en su ministerio: el Reino ya había llegado»²⁴. En la transfiguración el Espíritu se hizo sensible a los discípulos: ella no fue sólo una cristofanía, sino una pneumatofanía. El Espíritu, sin embargo, se ocultó, se «kenotizó», cuando Jesús entró en el despojamiento extremo de la pasión, en el abandono supremo²⁵. En Getsemani y en el Gólgota la kénosis del Hijo fue paralela a la kénosis del Espíritu. Este se ocultó y Jesús se sintió triste hasta morir²⁶. La acción sensible del Espíritu quedó reducida a la pura potencialidad, aunque no suspendida. El grito de la muerte, «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46), testificaba que el Espíritu no había abandonado definitivamente al Dios-hombre. Allí, en el Gólgota, «mediante el Espíritu eterno Jesús se auto-ofreció inmaculado a Dios» (Heb 9,14)²⁷.

El reposo del Espíritu Santo sobre el Hijo no quedó interrumpido por la muerte: el cuerpo de Cristo en el sepulcro no conoció la corrupción porque el Espíritu Santo reposaba sobre El y lo sustrajo a ella. La resurrección de Cristo se cumplió, según la voluntad del Padre, en el Espíritu Santo que se manifestó como el Espíritu de la Gloria²⁸; cuando el Hijo concluyó su kénosis en la glorificación total de la Ascensión, entonces concluyó la kénosis del Espíritu y se produjo Pentecostés²⁹. Así como el Padre envió al Hijo *per Spiritum Sanctum* en la encarnación, del mismo modo el Hijo envió a los apóstoles *per Spiritum Sanctum* comunicándoles su Espíritu (Jn

²⁴ J. D. G. DUNN, *Jesús y el Espíritu* (Secretariado Trinitario, Salamanca 1981), 156.

²⁵ Cf. S. BULGAKOV, o.c., 371.

²⁶ En la muerte Jesús ya no se dirigió al Padre, sino a Dios: «Dios mío... Dios mío». Esta sensación de abandono tan diversa de la precedente —«porque el Padre está conmigo»— fue la más profunda kénosis del Espíritu Santo.

²⁷ Este texto se encuentra en la parte central de la Carta a los Hebreos. Presenta la donación de Cristo como culminación de todos los sacrificios, como el sacrificio por excelencia. Y Jesús hizo oblación de sí «a través del Espíritu eterno». Sólo la potencia del Espíritu de Dios podía comunicar a Cristo el impulso necesario para realizar una oblación de tan gran eficacia, «una redención eterna una herencia eterna» (Heb 9,12-15) cf. A. VANHOYE, *L'azione dello Spirito Santo nella Passione di Cristo secondo l'epistola agli Ebrei*, en *Credo in Spiritum Sanctum Atti del Congresso Teologico Internazionale di Pneumatologia*, I (Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1983), 759-765

²⁸ «Y ahora, Padre, gloríficamente ante ti con aquella gloria que tenía ante ti antes de que el mundo existiese» (Jn 17,5); la gloria es el Espíritu Santo

²⁹ Cf. S. BULGAKOV, o.c., 367.

20,21-23) De esta forma, el Hijo encarnado es —al mismo tiempo— el nacido del Espíritu y el dispensador del Espíritu, el lleno del Espíritu y el dador del Espíritu, el engendrado por el Espíritu y el que engendra al Espíritu. El Espíritu, como don del tiempo mesiánico, está unido a Jesucristo

4 El Espíritu como mediación

Herbert Muhlen define al Espíritu Santo no como mediador, sino como «mediación». Según 1 Tim 2,5, el hombre Jesucristo es el único mediador entre Dios y los hombres³⁰, pero el Espíritu nos une con Cristo. Jesús Resucitado está presente en nosotros en la medida en que el Pneuma de Jesús está presente en nuestros corazones (Gál 4,6) «Esta mediación no es un elemento extraño introducido entre Cristo y nosotros, sino que por el contrario, de un modo misterioso, es la forma inmediata de nuestra relación con el Cristo»³¹

El Espíritu se ha manifestado y continúa manifestándose como una persona en muchas personas, su función trinitaria es la de unir personas en cuanto que procede del Padre y del Hijo, es una persona en dos personas. La mediación del Espíritu no necesita intermediarios, es la inmediatez de nuestra relación con Cristo. El Espíritu de Cristo es también nuestro Espíritu, y «nos une a las múltiples personas como la mediación que se comunica a sí misma»³². Según los datos escriturísticos, al «nosotros» de la Iglesia no se opone el Espíritu, sino Cristo mismo. El Padre en el Antiguo Testamento y el Hijo en el Nuevo se expresan con el «yo», el Espíritu, nunca. Pero la comunidad, que es el «nosotros», sólo es posible gracias al Espíritu que la habita «no es el sujeto común que está frente a múltiples personas, sino la comunión y la mediación que se comunica a sí misma, gracias a la cual las múltiples personas están frente a Cristo. Podemos decir incluso que es la inmediatez misma con la cual los cristianos están ante el Cristo»³³

En Ef 2,18 se dice que tenemos acceso al Padre por medio de Cristo (δι' αὐτοῦ) en el único Espíritu (ἐν ἐνὶ πνεύματι). La preposición «en» (ἐν) no tiene una significación puramente local (el espacio

³⁰ Cf H. MUHLEN, *El Espíritu Santo en la Iglesia* (Secretariado Trinitario, Salamanca 1974), 555-566

³¹ H. MUHLEN, o.c., 489

³² H. MUHLEN, o.c., 553. Este autor afirma un poco más tarde «La Iglesia es una persona «mística» formada por muchas personas individuales, porque una persona divina (el Espíritu de Cristo) está presente en lo más íntimo de ella misma («mística») no tiene nada que ver aquí con «la mística», sino con el «misterio»». Id., o.c., 553-554

³³ H. MUHLEN, o.c., 554

en el que tenemos acceso al Padre), sino también instrumental³⁴ tenemos acceso al Padre por Cristo gracias a la mediación del único Espíritu³⁵. En Rom 14,17 se afirma que la justicia, la paz y la alegría nos son comunicadas por el Espíritu Santo. En Rom 8,15 Pablo afirma que el Espíritu nos «une» con el Padre cuando lo invocamos en el mismo Espíritu, o cuando El lo invoca en nosotros (Gál 4,6). En 1 Cor 6,11 Pablo reafirma que el «nosotros» de la comunidad ha sido justificado en el Espíritu, es decir, porque el Espíritu se ha comunicado. Todos los dones de Dios son comunicados a través, mediante el Espíritu (1 Cor 12,4-11). Es más, el mismo Espíritu se comunica en ellos «El mismo es la mediación entre los diversos y diferentes carismas que de él fluyen»³⁶

La función mediadora del Espíritu es estructuralmente diversa de la de Jesucristo. El Espíritu no se ha hecho hombre como Jesús. Es el Espíritu de Jesús y es nuestro Espíritu. El mismo en todos. El Espíritu no entorpece la mediación de Cristo, la lleva a su plenitud.

«Puesto que no se “encarna” en una persona humana determinada, el Espíritu no es llamado “mediador”, pero sí se le puede considerar como la mediación que se comunica a sí misma. El Espíritu Santo es uno e idéntico en el Padre, en el Hijo, en la naturaleza humana de Jesús y en nosotros. El es verdaderamente la mediación universal, que, por su procesión del Padre y del Hijo, une todo con todo»³⁷

5 Ecclesia Mediatrix

a) Apertura del concepto teológico de mediación

Si volvemos a las características fundamentales del concepto de «mediación» —hacer accesible lo inaccesible y realizar la re-uniión de los dispersos o enfrentados—, descubrimos que estas funciones pueden ser ejercidas según diferentes grados. La realidad cósmica e histórica está constituida a partir de esquemas de mediación. Es algo así como un gran sistema en el que cada realidad particular ejerce su función, coordinada y abierta al todo. Unas realidades son mediadoras con relación a otras. A través del Espíritu, Dios Padre creó no sólo las cosas, sino las relaciones de comunión entre todas ellas.

³⁴ Es el mismo caso que Ef 4,30 «Y no contristeis al Espíritu Santo de Dios, por quien (ἐν ᾧ) habéis sido sellados para el día de la redención»

³⁵ Cf H. MUHLEN, o.c., 556, OEPKE, *ThWNT*, II,536ss

³⁶ H. MUHLEN, o.c., 557

³⁷ H. MUHLEN, o.c., 558-559

Cada realidad es mediadora de gracia para las demás. Así ha sido creada, constituida.³⁸ Lo expreso genialmente M. Buber cuando dijo «Al principio era la relación». La realidad histórica de los hombres está especialmente constituida por relaciones, por nexos de mediación. La historia se crea y fluye a través de mediaciones, positivas o negativas: mediaciones de gracia o de pecado.

b) *La Iglesia, sacramento del Único Mediador y de la Única Mediación*

El Espíritu hace que la mediación de Jesucristo siga siendo eficaz aquí, en nuestro mundo, en nuestra historia. La acción mediadora del Espíritu, que aquí se manifiesta, sitúa la categoría de «mediación» en un horizonte abierto. Ni siquiera aquello que parece exclusivo de Jesucristo, su mediación, es monopolio absoluto suyo. El Espíritu hace que Jesús comparta aquello que le es más propio. El Espíritu, que crea la interioridad del «Mediador», suscita asimismo la exterioridad del «Mediador», es decir, extrovierte su mediación, haciendo que ésta sea compartida.

El Espíritu, al mismo tiempo que afirma al «solus Christus» como «Christus Mediator», nos hace proclamar «solus Christus nunquam solus». Cristo, el Señor Resucitado, ha incorporado a sí, por la fuerza de la Resurrección, a su Iglesia, y en ella a cada uno de los creyentes. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo. Y por esto los incorporados a Cristo participan de alguna manera en su ser y en su actuar: «hijos en el Hijo», «sacerdotes en el único Sacerdote», «señores en el único Señor», «mediadores en el Único Mediador». El Señor Resucitado tiene un cuerpo pneumatológico, un cuerpo penetrado íntimamente por el Espíritu. Y como el Espíritu es amor, fuerza expansiva, agente de comunión universal, por eso, el Cuerpo pneumatológico del Señor está en comunión con todos, especialmente con aquellos que lo aceptan personalmente. Y con ellos y desde ellos sigue ejerciendo su función mediadora.

La mediación de la Iglesia es sacramento de la mediación única de Jesucristo. Es la mediación de la Esposa que forma un solo cuerpo con el Esposo. La Iglesia es auténticamente la Iglesia de Jesucristo cuando toda ella es reflejo de la única mediación, cuando toda su luz es sólo el reflejo de la Luz de las Gentes, que es Cristo. Así se convierte en el ámbito desde el que el Único Mediador ejerce su mediación.

³⁸ Cf. J. MOLTSMANN, *Dio nella creazione* (Querimiana, Brescia 1986), 23-24.

La Iglesia es, a su vez, la primera agraciada con la mediación de Cristo Jesús. Todo en ella (su ser, su actuar, sus instituciones) ha sido y es originado por el Único Mediador. Por institución de Jesús, el Mediador, los elementos constitutivos de la Iglesia se convierten en mediaciones. Entre las diversas mediaciones eclesiales, los sacramentos ocupan un lugar eminente, pues en ellos está comprometido todo el ser de la Iglesia y manifiestan con la máxima transparencia al Único Mediador. La Iglesia no tiene poder para instituir estas mediaciones sacramentales. Sólo el Señor las ha instituido. Los sacramentos —sobre todo la Eucaristía— remiten a la Iglesia al «puesto vacío», que es el que corresponde a su Señor, un puesto que ella no puede ocupar sin destruirse, y del cual sólo puede hacer memoria. «La celebración sacramental constituye para la Iglesia la mediación antropológica más radical de su dependencia respecto a Cristo y es la más alta confesión en acto de su identidad»³⁹.

La Iglesia es el sacramento del Único Mediador y de la Única Mediación espiritual. Atendiendo a este segundo aspecto, los carismas son «manifestación del Espíritu (φανερώσεις τοῦ πνεύματος)» (1 Cor 12,7), manifestaciones de la «mediación pneumatológica». La mediación del Espíritu se visibiliza y hace realidad en cada uno de los carismáticos, que han recibido la unción espiritual. Todos ellos quedan asumidos en su única mediación.

«Habiendo recibido todos nosotros el único y mismo Espíritu, estamos en cierta manera íntimamente “mezclados” los unos con los otros y con Dios. Hay un solo Espíritu indivisible, el cual reúne en sí los espíritus que se distinguen entre sí por su existencia individual y los hace aparecer como si tuvieran una única existencia en él»⁴⁰.

Esta «mediación espiritual» se hace particularmente efectiva en la «communio sanctorum», que tiene su ámbito privilegiado en la Iglesia triunfante o glorificada.

c) *La mediación de la Iglesia triunfante*

El don del Espíritu es una gracia de amor. Quien ama vive en las personas amadas. Por esto «un cristiano que ama, santifica en su corazón a la persona amada, vive por Dios en favor del otro, igual

³⁹ L. M. CHAUVET, *Symbolé et sacrement. Une relecture sacramentelle de l'existence chrétienne* (Du Cerf, Paris 1987), 391.

⁴⁰ CIRILO DE ALEJANDRIA, *In Joh* 11,11 PG 74,561. Juan Crisostomo escribió asimismo: «Todos los fieles dispersos por el mundo entran en comunión recíproca en el Espíritu Santo, y así, quien se encuentra en Roma sabe que los indios son sus miembros» JUAN CRISOSTOMO, *In Joh* 65,1 PG 59,361.

que su Señor, que pudo decir: “Yo me consagro a mí mismo, para que ellos sean consagrados...” (Jn 17,19)»⁴¹. «Cuando dos están unidos por el amor, el uno puede satisfacer por el otro»⁴², uno es mediación de gracia para el otro. «La caridad hace común a todos los bienes de cada uno»⁴³. Dos seres que se aman no hablan del amor en singular, sino de «nuestro amor», a través del cual uno está unido al otro. Entre dos esposos que se aman desde hace muchos años se establece una unión que no es del orden puramente sentimental, afecta al núcleo más íntimo de la persona: el yo de cada uno se construye en esta relación. Así es la gracia del Espíritu: no consiste ante todo en un bien, sino en una relación que une. La gracia convierte al hombre en un ser relacionado con lo divino, y en esa relación le confiere y construye su personalidad. «La comunión de los santos no es tanto un compartir bienes cuanto una comunión de personas»⁴⁴.

Los santos, amando a sus hermanos, los unen a sí mismos y los consagran en su santidad. Pertenece a quienes nos aman en el Espíritu. Los santos nos poseen, pero sin alienar nuestra libertad; se unen a nosotros en la donación de sí mismos. Esta es su gloria: dándose a los otros en el Espíritu, son los primeros en el Reino. Se descubre aquí cuál es la fuerza mediadora del Amor de los santos, es decir, aquellos y aquellas que han sido poseídos por el Espíritu y en quienes el Espíritu se manifiesta sin entorpecimiento.

El capítulo VII de la *Lumen gentium* presenta una admirable teología de la «communio sanctorum» y de la relación entre la Iglesia peregrina y la Iglesia triunfante, primicia de la cosecha escatológica. He aquí las ideas fundamentales:

— El punto de partida es la afirmación de la función permanente del Señor Resucitado como mediador: Cristo, levantado en alto sobre la tierra, atrae hacia Sí a todos los hombres; está sentado a la diestra del Padre y «sin cesar actúa en el mundo para conducir a los hombres a su Iglesia y por ella unirlos a Sí más estrechamente y, alimentándolos con su propio Cuerpo y Sangre, hacerlos partícipes de su vida gloriosa» (LG 48).

⁴¹ F. X. DURRWELL, *Lo Spirito Santo alla luce del mistero pasquale* (Ed. Paoline, Roma 1984), 98.

⁴² TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologica*, III, q.48, a.2, ad 1. «Es posible satisfacer a Dios por otro, como por sí mismo... porque la caridad hace que dos hombres se hagan un solo hombre. La caridad hace que quien sufre por un amigo haga la satisfacción más agradable a Dios de lo que sería si sufriese sólo por sí mismo» TOMÁS DE AQUINO, *Contra Gentiles*, 3,158.

⁴³ JUAN CRISOSTOMO, *De perfectione caritatis*: PG 56,281.

⁴⁴ F. X. DURRWELL, o.c., 101.

— Afirma, en segundo lugar, que existe una misteriosa intercomuniación entre los que murieron en el Señor y nosotros. Todos los discípulos de Cristo, los que murieron y los que vivimos, «aunque en grado y formas distintos, estamos unidos en fraterna caridad y cantamos el mismo himno de gloria a nuestro Dios. Porque todos los que son de Cristo y tienen su Espíritu crecen juntos y en El se unen entre sí, formando una sola Iglesia. Así que la unión de los peregrinos con los hermanos que durmieron en la paz de Cristo, de ninguna manera se interrumpe, antes bien, según la fe constante de la Iglesia, se fortalece con la comunicación de los bienes espirituales» (LG 49).

— Los que han sido asumidos en la gloria del Señor ejercen sobre nosotros un influjo benéfico a través de su permanente intercesión ante Dios. «Los que llegaron ya a la patria y gozan de la presencia del Señor, por El, con El y en El no cesan de interceder por nosotros ante el Padre... su fraterna solicitud ayuda mucho a nuestra debilidad» (LG 49).

— La Iglesia ha ido tomando conciencia de su comunión íntima con aquellos que se han destacado por su fidelidad a Cristo y de su presencia ejemplar entre nosotros. «Siempre creyó la Iglesia que los apóstoles y mártires de Cristo, por haber dado un supremo testimonio de fe y de amor con el derramamiento de su sangre, nos están íntimamente unidos... A estos se unieron después también aquellos otros que habían imitado más de cerca la virginidad y la pobreza de Cristo y, en fin, otros, cuyo preclaro ejercicio de virtudes cristianas y cuyos divinos carismas hacían recomendables a la piadosa devoción e imitación de los fieles» (LG 50).

— Los santos, las santas, son para nosotros, los creyentes, símbolos mediante los cuales Dios se manifiesta y se hace presente entre nosotros. Son los iconos vivientes de Dios. A través de ellos, Dios Padre nos habla, nos manifiesta su Reino, nos atrae hacia El, nos une e identifica con Jesucristo. El Concilio presenta la memoria de los santos como un «sacramento viviente de Jesucristo»; y exhorta a entrar en comunión de amor y amistad con ellos. «Dios manifiesta a los hombres en forma viva su presencia y su rostro en la vida de aquellos, hombres como nosotros, que con mayor perfección se transforman en la imagen de Cristo. En ellos El mismo nos habla y nos ofrece un signo de ese reino suyo, hacia el cual somos poderosamente atraídos, con tan gran nube de testigos que nos cubre y con tan gran testimonio de la verdad del Evangelio... Porque así como la comunión cristiana entre los viadores nos conduce más cerca de Cristo, así el consorcio con los santos nos une con Cristo, de quien dimana como de Fuente y Cabeza toda la gracia y la vida del mismo pueblo de Dios. Conviene, pues, en sumo grado, que amemos a estos amigos y coherederos de Jesucristo, hermanos también nuestros y

eximios bienhechores; rindamos a Dios las debidas gracias por ellos... Todo genuino testimonio de amor ofrecido por nosotros a los bienaventurados, por su misma naturaleza, se dirige y termina en Cristo, que es la corona de todos los santos» (LG 50).

En Cristo y desde Cristo Resucitado la Iglesia triunfante, que es la esposa embellecida y engalanada para las bodas eternas, comparte la función mediadora. No la oscurece. Muestra su eficacia. El Concilio ha destacado el primado de Jesucristo: de El dimana como de Fuente y Cabeza toda la gracia y la vida. Pero ha afirmado al mismo tiempo que actúa a través de aquellos que son sus imágenes, que le han sido fieles. No obstante, el Concilio, en estos textos, ha olvidado la dimensión pneumatológica que explica el porqué de la comunión entre la Iglesia glorificada y la Iglesia peregrina, el modo del influjo mutuo, la razón de la presencia. Porque ellos están presentes a nosotros «in Spiritu». Su función intercesora, mediadora, tiene como ámbito la única Mediación, que es el Espíritu. Esta ausencia pneumatológica se echa de ver en la explicación de la función mediadora de María, de su intercesión, de su influjo sobre los que peregrinamos.

III. MARIA, PARADIGMA DE LA MEDIACION DE JESUCRISTO, DEL ESPIRITU Y DE LA IGLESIA

Tras este largo recorrido estamos en condiciones de abordar el tema de la mediación mariana.

1. La clave cristológica: expresión, símbolo de la mediación de Cristo

La encíclica *Redemptoris Mater* habla de la mediación materna de María, presentándola como la «esclava del Señor». En la anunciación le fue revelado a María quién era el único mediador entre Dios y los hombres: aquel que sería el hijo de sus entrañas por obra del Espíritu. Al aceptar sin condiciones la maternidad, María aceptó al mediador, al Hijo del Altísimo. María se sometió totalmente a la voluntad de Dios (Lc 1,38). Este es «el primer momento de sumisión a la única mediación, la de Jesucristo: la aceptación de la maternidad por parte de la virgen de Nazaret»⁴⁵.

Por su fe, María fue «la compañera singularmente generosa» de Jesús. Le siguió radical y totalmente. Su vida fue un constante asociarse a Jesús, como la primera discípula y seguidora. De este modo, «María entraba de manera muy personal en la única mediación entre

⁴⁵ JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater*, n.39.

Dios y los hombres, que es la mediación del hombre Cristo Jesús»⁴⁶.

Sin Jesucristo, María habría sido como un sarmiento cortado de la vid, como una esclava sin redentor, como un vientre materno sin fruto, como una mujer sin gracia de Dios. Todo lo que ella era se lo debía a él. Todo lo había recibido de Dios por medio de él.

2. La clave pneumatológica: María transparencia del Espíritu-Mediación

La existencia de María estuvo caracterizada por tres momentos pentecostales: el pentecostés de la encarnación, el pentecostés eclesial y el pentecostés de su resurrección-ascensión.

En el Pentecostés particular de la Encarnación, María fue cubierta por la sombra y la fuerza del Espíritu en orden a la dei-maternidad. Quedó convertida en la pneumatófora. La persona humana de la pneumatófora testimonia que la encarnación del Logos y la inhabitación del Espíritu Santo en el hombre, en su conjunto, hacen de la encarnación divina como un acto diádico. En la Virgen se revelan el Hijo y el Espíritu.

La comunicación del Espíritu a María no fue transeúnte, ni meramente funcional, pues éstas no son las características del Espíritu en el nuevo eón; hay que afirmar con Pablo que «los dones de Dios son irrevocables» (Rom 11,29). ¿No es el Espíritu del Nuevo Testamento el Don de Dios por excelencia? El Espíritu que la hizo madre del Hijo de Dios, de Jesús, permaneció en ella como permanente fuerza creadora, como continua fuente de maternidad y de acogida de la vocación del Padre. Sin el Espíritu, María habría cesado de ser la Theotokos. Por la fuerza del Espíritu, María respondió «Fiat», es decir, vivió como un «fiat» incesante. No sólo se convirtió en Madre, también en Creyente, como lo reconoció, movida por el Espíritu, Isabel. Bajo la fuerza del Espíritu, María proclamó el Magnificat, o hizo de su vida un Magnificat existencial. El Espíritu la llevó, como a Jesús, al desierto de la tentación: en el templo ella escuchó la profecía de la espada que atravesaría su alma, al templo hubo de acudir para buscar al Hijo perdido, el Espíritu la mantuvo firme en las pruebas de la fe, cuando no comprendía, el Espíritu la llevó al monte del Calvario. Y el Espíritu suscitó en ella la respuesta obediente: la hizo vivir de la Palabra que sale de la boca de Dios, acoger la voluntad del Padre hasta la muerte, adorarle como Dios único. La

⁴⁶ *Redemptoris Mater*, n.39.

bajada del Espíritu Santo en la anunciación no se redujo, pues, a la sola concepción y dar a luz; después de la concepción, María no quedó privada de la gracia. El Espíritu Santo «no la abandonó después de la navidad de Cristo, sino que permaneció con ella por todos los siglos con toda la fuerza de la anunciación. Por esto, su deidad, su relación con el Verbo encarnado, dura también eternamente»⁴⁷. Por eso, María fue la Pneumatófora por excelencia.

Las relaciones históricas entre María y Jesús fueron correlativas a las relaciones entre María y el Espíritu. El Espíritu, presente en María, tenía su lugar natural en Jesús. El Espíritu actuaba en María desde Jesús. El pentecostés mariano y el pentecostés crístico convirtieron al Espíritu en una persona en dos personas: Jesús y María. María, movida por el Espíritu, como fiel discípula, supo ir recreando sus relaciones con Jesús a medida que el Reino se iba manifestando: supo ser madre primero, discípula después, madre espiritual del discípulo finalmente. María recorrió con su Hijo el camino de la humillación kenótica y participó maternalmente en su pasión salvífica. También el Espíritu se ocultó para ella, se «kenotizó», cuando llegó el momento del despojo supremo del Hijo en Getsemaní y en el Gólgota. María experimentó viva la muerte del Hijo, la kénosis del Espíritu. También ella, mediante el Espíritu eterno, se auto-ofreció inmaculada a Dios⁴⁸. La pérdida de Jesús fue para María la experiencia del Espíritu reducido a potencialidad. Es verdad que el cuarto evangelista hace a María y al discípulo amado como los primeros herederos del Espíritu de Jesús, pues El, al morir, se lo entrega; e indudablemente que lo fueron, pero ¿en ese momento? Tal vez, con mayor verosimilitud histórica, haya que decir que el espacio de tiempo transcurrido entre el Viernes Santo y la Resurrección fue también un tiempo de profunda kénosis para María, la kénosis de Jesús y del Espíritu en ella: «descendit ad inferos». Junto a la cruz estuvo María, la madre de Jesús, la discípula, la madre espiritual. Con todas las dimensiones de su ser participó en el sacrificio de su Hijo. El Espíritu unificó el destino de Jesús y de María, los hizo entrar en una comunión interior inimaginable. Ambos entraron en la noche del Espíritu.

Cuando aconteció el Pentecostés eclesial, allí estaba María para acoger un nuevo proceso de unificación de destino. El Espíritu, que la había unificado a Cristo, hace que ahora comparta el destino de la Iglesia. Sobre la primera asamblea eclesial, de la que ella forma par-

⁴⁷ S. BULGAKOV, o.c., 367-368.

⁴⁸ Cf. Heb 9,14: «Beata Virgo in peregrinatione fidei processit, suamque unionem cum Filio fideliter sustinuit usque ad crucem, ubi non sine divino consilio stetit (cf. Joh. 19,25), vehementer cum Unigenito suo condoluit et sacrificio Eius se materno animo sociavit, victimae de se genitae immolationi amanter consentiens» (LG 59).

te, desciende el viento impetuoso y las llamaradas ardientes del Espíritu. El Espíritu-sombra-fuerza que había descendido sobre ella en la Encarnación, se convirtió en el Pentecostés eclesial en Espíritu-viento-fuego que lanza y derrama a la Iglesia sobre el mundo. Jesús les había prometido a los discípulos, y entre ellos a María: «Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días» (Hech 1,5). Junto con todo el pueblo de Dios, mientras oraba, María fue bautizada y el Espíritu Santo bajó sobre ella en forma de llamarada de fuego. Así quedó convertida en la gran Testigo de Jesús, en un símbolo precioso para los discípulos, que la acogieron para formar parte de su mundo espiritual. La presencia de María en el Pentecostés eclesial revela la profunda e íntima sintonía que se estableció entre María, los Doce y todos los demás creyentes. El Espíritu se manifestó como una persona en muchas personas. María, identificada con el Espíritu, comenzó a realizar el ministerio espiritual de la caridad que unifica. La presencia de María en la Iglesia, tras la ascensión, se caracterizó por su silencio y el olvido de sí. Obedeció el querer del Padre al recibir el *Espíritu divino y conservó este don, que la hizo digna de la glorificación y la preparó para recibirla.*

María, la esclava del Señor, gustó la muerte natural y humana y fue resucitada por su Hijo en virtud del Espíritu Santo. En la madre de Dios se pre-realizó aquella transfiguración del mundo y aquella glorificación de la creación que habrán de cumplirse en el eschaton: «El cuerpo y el alma de María han recibido la consagración total del Espíritu, que es comunión-amor. En el Espíritu, María es un corazón que no deja de amar. El amor la aproxima a nosotros; el Espíritu le permite hacerse presente en el hondón de nuestra alma. Y, en su misterioso acercamiento, María es “portadora de aromas”; por la resurrección, la identificación con su Hijo Jesús ha llegado a su plenitud; la cercanía de María, mucho más que durante su vida histórica, nos evoca a Jesús, nos comunica a Jesús; ella no interfiere, es pura transmisión. Por eso, la presencia de María no estorba la comunicación con Dios; su presencia siempre es discreta, silenciosa, transparente. En ella se nos revela un misterio: Dios no ha querido aproximarse a los hombre sin los hombres»⁴⁹.

En su ser personal, María, desde la Encarnación hasta la Asunción, va siendo cada vez más perfecta transparencia de la revelación hipostática del Espíritu Santo. Hay dualidad de naturalezas —divina y humana—, dualidad de hipóstasis —el Espíritu y María—, pero

⁴⁹ J. C. R. GARCÍA PAREDES, *María en la comunidad del Reino. Síntesis de Mariología* (Publicaciones Claretianas, Madrid 1988), 258.

transparentes la una a la otra, hasta tal punto que una deviene manifestación y revelación de la otra ⁵⁰

Pero María no es equiparable al Espíritu en el aspecto de la mediación. María tiene acceso al Padre por Cristo gracias a la mediación del único Espíritu (cf Ef 2,18). María no puede ser madre, discípula de Jesús por sí misma sólo mediante el Espíritu. María nunca es una persona en muchas personas, no habita inmediatamente en nosotros, no es «el nosotros» donde se realiza el encuentro con Dios y con los hombres. No tenemos acceso inmediato a ella, la glorificada, a no ser «mediante el Espíritu y mediante Jesús el Señor». No es equiparable la función de «advocatus» (Paráclito) del Espíritu y la función de «advocata» de María, «la intercesión de María sólo puede ser concebida en dependencia de la del Espíritu Santo, en cuanto éste es la mediación que se comunica a sí misma, y en subordinación absoluta a esta última» ⁵¹

María no debe ser llamada ni proclamada «mediadora» a costa del olvido o preterición de la mediación del Espíritu. Al Concilio le faltó resaltar este aspecto fundamental y también a los documentos pontificios posteriores que tratan sobre la mediación mariana. Lo que se dice en LG 60 sobre la relación entre María y la mediación de Cristo, ¿no debería decirse igualmente de la mediación del Espíritu? La función materna de María en manera alguna oscurece, disminuye la mediación del Espíritu, sino que es un signo de su poder; y ella depende en todo del Espíritu.

3 María, símbolo de la mediación de Cristo en el Espíritu

¿En qué sentido es entonces María «mediadora» o «mediación»? Estimo que hemos de pasar de la concepción de la mediación entendida como eficacia a la mediación entendida como símbolo, tal como el mismo Concilio insinúa («virtutem eius ostendit»). Semejante distinción —eficacia y símbolo— no presenta mayor dificultad para quienes están familiarizados con la teología sacramental. Ha sido una cuestión muy debatida en tiempos pasados el tipo de eficacia propia de los sacramentos: se ha hablado de la causalidad física, de la causalidad moral, olvidando que toda explicación debería tener en cuenta el axioma tomista de que los sacramentos «sunt in genere signi» y que «significando efficiunt gratiam» ⁵². La teología sacra-

⁵⁰ Cf S. BULGAKOV, o.c., 367

⁵¹ H. MUHLEN, *El Espíritu Santo en la Iglesia* (Secretariado Trinitario, Salamanca 1974), 579

⁵² En las Sentencias, Tomás de Aquino afirmaba «Sacramentum est in genere causae et signi» (*In IV Sent* d 1, q 1, a 1). En la Suma Teológica, sin embargo, escribía «Sacramentum est in generi signi» (*Summa Theologica* III, q 60, a 1)

mental, la teología del símbolo, es bien consciente del tipo peculiar de eficacia que conlleva la representación simbólica, el símbolo —que no se confunde con un mero signo—. María es mediadora en cuanto símbolo de mediación, y en cuanto símbolo ella abre un espacio de mediación. Se trata, evidentemente, de un símbolo personal, que establece un tipo de relación autónoma con lo simbolizado, diferente del símbolo material, que es pura pasividad.

Su relación con el Espíritu y con Jesús fue y sigue siendo tan intensa, tan transparente, que en ella todo es evocación del Espíritu y de Jesús. Por su acogida de la Presencia Espiritual, María se ha convertido en un símbolo viviente del Espíritu, del Hijo ⁵³. Así lo ha comprendido la teología griega, ya decía Juan Damasceno que «el solo nombre de la Theotokos contiene todo el misterio de la economía de la salvación» ⁵⁴, y Bulgakov «Sin ser Dios, ni Dios-hombre, María comunica la vida divina de la Santísima Trinidad, en su total capacidad del Espíritu» ⁵⁵. En este sentido María es servidora de la mediación del Espíritu, porque allí donde ella sea evocada, donde esté presente, ella será diafanía del Espíritu.

En María se verifica hasta dónde llega el poder mediador del Espíritu. Este le revela el Misterio de Jesús, le quita el velo, le ofrece el don de la sabiduría, le hace guardar en su corazón la memoria de Jesús. El Espíritu «hace que María pueda realizarse como persona bien concreta, en relación a Cristo: individualiza a María como persona humana, capacitándola para asumir su propia vida y decir “yo” (= yo quiero) ante Dios Padre» ⁵⁶. María ejerce su ministerio de madre espiritual del discípulo gracias al Espíritu. María ora en la comunidad, clama al Abbá y celebra la fracción del pan mediante el Espíritu. De esta forma, María es la obra maestra de la función mediadora de Cristo en el Espíritu.

Este planteamiento pone en cuestión afirmaciones tradicionales como éstas: «la mediación universal de María es la misión que ella tiene de impetrar a Dios todo tipo de gracias (temporales y eternas) y de distribuir las entre los hombres». La gracia es entendida como una realidad desconectada de la Gracia hipostática que es el Espíritu, además de eludir cualquier tipo de referencia cristológica. Según el Nuevo Testamento, Jesucristo intercede por nosotros ante el Padre,

⁵³ Cf E. TESTA, *María terra vergine icona della Chiesa e socia della Trinità* en *Mar* 137 (1987) 87-106. El autor, en un artículo sumamente interesante, parte del texto de Marcos el Diacono (que se encuentra en IRENEO, *Adv. haer.* I, 15, 3), según el cual la Iglesia se identifica con la Virgen y ambas con la Trinidad.

⁵⁴ JUAN DAMASCENO, *De fide orthodoxa*, III, 12. PG 94, 1028B-1032C

⁵⁵ S. BULGAKOV, o.c., 366

⁵⁶ X. PIKAZA, *María la persona humana. Relaciones entre mariología, antropología y misterio trinitario* en *Mar* 137 (1987), 158

el Espíritu intercede por nosotros aquí en la tierra. A María no se le puede asignar la función del Espíritu. Ella, glorificada, está, junto con la Iglesia, íntimamente vinculada a Jesucristo, nuestro Intercesor ante el Padre. Por otra parte, ¿qué significado tiene «distribución de gracias entre los hombres»? Teológicamente es un despropósito asignar a María la inmanencia en los hombres que sólo corresponde al Espíritu. Esa explicación tradicional de la mediación no puede ser sostenida teológicamente. Es más: deja a María desprovista de su riqueza interior, de todo su mundo de referencias.

La mediación mariana no es un complemento de la única mediación de Cristo y del Espíritu. Es su símbolo. ¿Y cuál es la identidad teológica de esta mediación? María es mediadora como lo es la Iglesia. Es mediadora en la Iglesia triunfante.

4. María en la mediación de la Iglesia

El Concilio se preocupa en resaltar la diferencia esencial existente entre la mediación propia de Cristo y la mediación de María (LG 62). Lo mismo hay que afirmar de la mediación de María respecto a la mediación del Espíritu. Pero, por otra parte, el Concilio sitúa la mediación de María en la Iglesia. Así como el sacerdocio de Cristo es participado de formas diferentes por los miembros del pueblo de Dios, así como la bondad de Dios se difunde pluriformemente entre las criaturas, así también «la única mediación del Redentor no excluye, sino que suscita una variada cooperación entre las criaturas participada desde la única fuente. La Iglesia no duda en atribuir esta función subordinada a María» (LG 62).

La mediación de María es, pues, mediación participada. Dentro de la Iglesia se dan diferentes modos, incluso esencialmente distintos, de participar en la mediación, tal como sugiere la comparación conciliar al comparar la mediación con el sacerdocio de Cristo⁵⁷. En todo caso, el Concilio afirma que la única mediación de Cristo es participada por las criaturas y éstas pueden cooperar en ella.

María ocupa un lugar único en la Iglesia en su condición de madre-virgen de Jesús, primera creyente y madre espiritual del discípulo amado. Para describir el lugar que ella ocupa en la Iglesia mediadora, juzgo especialmente adecuado el planteamiento mariológico de

⁵⁷ El Concilio afirma que «sacerdotium autem commune fidelium et sacerdotium ministeriale seu hierarchicum, licet essentia et non gradu tantum differant, ad invicem tamen ordinantur; unum enim et alterum suo peculiari modo de uno Christi sacerdotio participant» (LG 10), asimismo podemos afirmar que la mediación de María difiere de la mediación de los fieles «essentia et non gradu tantum», aunque una y otra «suo peculiari modo de una Christi mediatione participant».

Urs von Balthasar. Para este gran teólogo, «María comenzó siendo Madre, pero en la cruz acabó convirtiéndose en la Esposa, la quintaesencia de la Iglesia»⁵⁸. María es la imagen original y el centro personal de la Iglesia-Esposa, es la esposa arquetípica de Cristo⁵⁹, por eso puede ser denominada madre y esposa espiritual del Hijo. En María la Iglesia estaba incoativamente presente; por la presencia del Espíritu en ella, María respondió en total disponibilidad, como inicio y representante de la nueva humanidad. El Espíritu creó en ella y desde ella un «nosotros»⁶⁰. Acompañando a Jesús y participando con El en la pasión, María se convirtió en esposa del Señor, en Iglesia: «La Iglesia nace cuando Jesús muere, cuando exhala el Espíritu, cuando se abre su costado; pero nace también cuando el sí femenino a la voluntad de Dios se transforma en la fecundidad inagotable de la nueva Eva... La cruz es el cumplimiento de toda conyugalidad entre el hombre y la mujer, entre el cielo y la tierra»⁶¹. Cuando María en la cruz y en pentecostés se convierte en Iglesia, concluye y corona su camino de cumplimiento de la voluntad del Padre, de seguimiento de Cristo y de docilidad al Espíritu. En la primera asamblea eclesial ella recibió el Espíritu de la Iglesia. María es el origen oculto de la Iglesia. La Iglesia es la plenitud manifiesta de María.

Y, para concluir esta reflexión, evoquemos la siguiente oración de nuestro Ildefonso de Toledo († 667), que trasluce de forma ejemplar cómo en María tenemos el símbolo de la mediación de Cristo en el Espíritu:

«Te pido, oh Virgen Santa, obtener a Jesús por mediación del mismo Espíritu por el que tú has engendrado a Jesús. Reciba mi alma a Jesús por obra del Espíritu por el cual tu carne ha concebido al mismo Jesús... Que yo ame a Jesús en el mismo Espíritu en el cual tú lo adoras como Señor y lo contemplas como tu Hijo»⁶².

⁵⁸ H. U. VON BALTHASAR, *Au coeur du Mystère rédempteur* (Sentiers de lumière 1) (Paris 1980), 62.

⁵⁹ Cf. ID., o.c., 62-63.

⁶⁰ «En ella la Iglesia ha llegado ya a la perfección, porque el Espíritu —en quien ella ha respondido “Sí”— es siempre el Nosotros en Dios y ha iniciado en la tierra su obra de decir nosotros y ser nosotros»: H. U. VON BALTHASAR, *Katholische Aspekte des Mysteriums* (Kriterien 36) (Einsiedeln 1975), 57.

⁶¹ H. U. VON BALTHASAR, *Kleine Fabel für verunsicherte Laien* (Kriterien 55) (Einsiedeln 1980), 72.

⁶² ILDEFONSO DE TOLEDO, *De virginitate perpetua Sanctae Mariae*, c.12: PL 96,106.